

MONTALVO, LOS MUDOS Y RIDÍCULOS

Plutarco Naranjo

UNIVERSIDAD ANDINA “SIMÓN BOLÍVAR”, Quito

Hay políticos, politicones y hasta polícastros que califican de mudos a quienes no comulgan con sus ideas, intereses o pretensiones. Hay también los vanidosos o jactancias que se sienten por encima de todos y a los que presumen están por sus debajo los califican mudos.

En esta azarosa vida hay toda una gama de mudos, desde los medios mudos, los mudos mudos y los mudos de remate. Hay quienes se hacen los mudos y quienes son en realidad. Hay muditos alhajas (esta palabra viene del árabe hispánico alhagah) y mudos antipáticos; hay mudos risueños y apacibles que, con inocente ingenuidad, hacen reír a todos y hay mudos feos y agresivos, que son una peste. Hay mudos vivarachos y oportunistas y hay mudos ladrones. Hay mudos picaros.

¿Quien es mudo? Según la Real Academia de la Lengua, es el “privado de la facultad de hablar. Muy silencioso o callado, habitual o momentáneamente. En el Ecuador: “tonto, falto de entendimiento o razón”.

Mudos han existido en todas partes y desde tiempos inmemoriales. En griego antiguo se llaman *dumm*, de donde pasó el inglés, como *dumb* que significa que no tiene la capacidad de hablar, silencioso, reticente, estúpido”. Los latinos tuvieron su propia palabra: *mutus*, de donde pasó al italiano, como *muto*, a nuestra lengua y al portugués como *mudo* y al francés como *muet*.

También entre nuestros aborígenes hubo mudos. En quichua y en aymara, se llama *amu*, *jatun amu*, el gran mudo, el mudote; *Amu amulla*, medio mudo. Como en quichua la o española, los quichuas hablantes con frecuencia pronuncian como u, cómo se habrán reído los indios al llamar *amu*, es decir, mudo o tonto a su patrón, a su señor y que con redundancia tenían que decirle *amu patrón*, patrón mudo o tonto.

En nuestra literatura política no falta el mudo. En las “Catilinarias”, obra maestra de la diatriba, Montalvo trata de mudo a Ignacio Veintemilla. En carta a su fraterno amigo Rafael Portilla dice: “Es preciso que seamos exactos en los cargos: deseo saber a ciencia cierta qué hay en esto, con las cantidades fijas. No olvide por nada este punto ni lo exageren, ni lo desfiguren.

“Deseo igualmente saber qué hubo de cierto en esa desaparición de ciertas fojas del libro del Ministerio de Hacienda, con lo cual el Mudo robó veinte mil pesos. Cuál fue en este negocio el papel de Castrato, y qué circunstancias corrieron. Con puntualidad y exactitud todo. Citen el robo de los lotes del Banco. Ustedes dijeron 30.000 otros han dicho cuarenta y otros ciento: cuál sería la verdadera? Algo más que ustedes sepan en punto a rapiñas y robos. Díganmelo poniéndose de acuerdo con M, quien por su parte es preciso me mande escritos los nombres de las personas y los lugares que intervienen en la aventura del Mudo en Madrid: exíjaseles, si él no quiere escribirme”.

En otra parte le dice: “He aquí un punto singular. Debo al Mudo doscientos pesos, que se los pedí fiados en París en un terrible aprieto, y en mala hora. Hasta ahora no he podido tratarle como se le debe a causa de ser deudor suyo, aunque de esa miseria. Quedando yo solventado y libre de ese amargo recuerdo ya podré echarle a los perros todo él despedazado, como lo exige, la pobre patria moribunda”.

Saldadas las cuentas, Montalvo arremete con la furia del ciclón. Comienza calificando el valor y la significación de la libertad. “La libertad, dice, no es un bien sino cuando es fruto de nuestros afanes; la que proviene del favor o la conmiseración es ventaja infamante, a modo de esos bienes de fortuna mal habidos que envilecen al que goza de ellos, sin que le sea dado endulzarlos con el orgullo que la inteligencia y el trabajo suelen traer consigo. Pueblo que no tiene desahogo sino la humilde queja, ni arbitrio sino el llanto, ni compasión merece, menos compasión de los demás”.

“¡Leyes ... ¿para qué las quiere Ignacio de la Cuchilla?...No le preguntemos nada de esto porque él ha de responder. “Mi derecho está en la punta de mi puñal; mi derecho está en las puntas de mis uñas; largas como veis, sucias y retorcidas; mi derecho está en la punta de mi nariz, con la cual husmeo y descubro lo que cuadra con mi apetito; mi derecho está en mi negadez; mi derecho está en mi ignorancia; mi derecho está en mi proclividad; mi derecho está en mi impudicia; mi derecho en este zurrón de vicios y perversidades que escondo en mi negro pecho. Este bárbaro ha descendido a la República con su cola de troglodita, y en nombre del pecado y por autoridad del crimen ha implantado en ella las instituciones y costumbres de Sodoma”.

“Ignacio Veintemilla no ha sido ni será jamás tirano: la mengua de su cerebro es tal, que no va gran trecho de él a un bruto. Su corazón no late; se revuelca en un montón de cieno. Sus pasiones son las bajas, las insanas; sus ímpetus, los de la materia corrompida e impulsada por el demonio”.

Hay mudos glotones que no sacian su apetito. Hay mudos golosos y tragones que se ríen con la boca llena. Otro vicio capital de Veintemilla es la gula. Oigamos a Montalvo: “La inteligencia come poco; la virtud, menos: los solitarios de la Tebaida estaban esperanzados en los socorros de los espíritus celestiales. Epicuro fue el corruptor de la antigüedad, y Sardanápalo está allí como el patrón eterno de los infames para quienes no hay sino comer, beber y artarse hasta el cuello en la concupiscencia. Yo conozco a Sardanápalo: su pescuezo es cerviguillo de toro padre: sus ojos sanguíneos miran como los del verraco: su vientre está acreditando allí un remolino perpetuo de viandas y licores incendiarios. Su comida dura cuatro horas: aborrece lo blanco, lo suave: carne, y muchas; carne de buey, carne de borrego, carne de puerco”.

“¡Oh Dios, y cómo engulle, y cómo devora piezas grandes el gladiador! Ignacio Veintemilla da sogas al que paladea un bocadito delicado, tiene por flojos a los que gustan de la leche, se ríe con su risa de caballo cuando ve a uno saborear un albérchigo de entrañas encendidas: carne el primer plato, carne el segundo plato, carne el tercero; diez, veinte, treinta carnes. ¿Se llenó?, ¿se hartó? Vomita en el puesto, desocupa la andarga, y sigue comiendo para beber, y sigue bebiendo para comer. Morgante Maggiore se comía de una sentada un elefante, sin sobrar sino las patas; Ignacio Veintemilla se lo come con patas y todo”.

Y como mudo es sinónimo de **tonto** qué dice el Cosmopolita? “¿Hay hombre más ridículo, molesto e insufrible, que ese que anda llenando de carcajadas tiendas y casas con motivo de su propia sutilezas? Pues yo afirmo que, aun cuando tenga alguna malicia intelectual, ése es un tonto, o por lo menos un necio. Querer reír de todo, en todas partes y a cada instante, ¿qué es sino pobreza de ese espíritu?”.

“El tonto es cosa terrible: entiende al revés una cosa, se ríe, no la entiende de ningún modo, se ríe; los casos tristes, él se los ríe; los indiferentes, se los ríe; y no por malo, sino porque piensa que allí es de reír, y que si no se ríe bien reído, pasa por tonto”.

“La risa con fundamento, que sirve de sentencia filosófica, la risa de Demòcrito, esa es otra cosa. Unos sabios vierten lagrimas en contemplación de las miserias humanas, otros se ríen de ellas; no sé cuales tengan razón; unos y otros tal vez; porque hay miserias ridículas, y miserias lastimosas. La risa y el llanto son hermanos gemelos, caminan a distancia de un paso y, como Cástor y Pólux, viven a días; mientras alienta el uno, muere el otro, y así se van sucediendo en alternación amistosa a lo largo de los siglos”.

Entre la risa del tonto, risa sin fundamento y la risa del sabio y el hombre prudente, hay toda una dilatada gama de expresiones. Hay la risa de alegría y la risa histérica de la tragedia, la sonrisa del triunfo y la dolorosa y sardónica carcajada del fracaso. Casi todos los estados anímicos del hombre pueden convertirse en risa. Con la risa se goza y con la risa se llora.

“Hay risa fina y delicada, sal preciosa que azainetea el trato humano, y nos hace volver a su regosto; ella es tónico de la vida, sin el cual la tirantez de los sinsabores nos descompusiera del todo y nos tuviera entregados a ese mal consumidor que se llama tristeza: la risa lo combate, lo destruye; el que puede reír de corazón, esté seguro de que comerá con apetito; la risa da hambre y alimenta, se burla de los quebrantos y obra sobre nosotros como si nos estuviera sacudiendo cariñosamente un ángel”.

“Hay risa que cae cual un martillo, risa feroz que sofoca y abrumba al desdichado sobre quien está golpeando inexorablemente. Esta no siempre es un principio de salud, y la suelen tener en su organización esos hombres malignos, sarcásticos que se van por cualquiera senda tras el daño del prójimo, esta risa es amarga, deletérea; la risa de Antonio en presencia de la cabeza de Cicerón”.

“Hay risa hueca, retumbante cual trueno sin rayo; risa abombada y voluminosa, risa de tonto, en un palabra, que estalla sin oportunidad, suena sin melodía, y no hace más perjuicio que incomodar los oídos”.

“Hay risa espontánea, generosa, esa que brota como agua cristalina de la fuente, hay risa afectada: risa de conejo y hay risa con objetivo, risa calculada. Serpiente que acecha el paso de la víctima.

“Hay quienes poseen su risa de especulación; riéndose mucho pasan por inteligentes, a menos; son convidados a almorzar; se engordan a buena mesa, sin que salga humo de su techo. Este alegre vividor tiene que ser muy maldiciente, muy noticiero, muy mentiroso; sino ¿de dónde había de tomar sus flechas? Su aljaba es la murmuración; su fuerza, muchas veces, la calumnia. Moteja a los ausente, da sogas a los presentes; chancea, anda zumbándose, despótica sin término, y es el que más festeja sus graciosidades y se inebria con las sales de su espíritu, dando la voz en esos chacotones donde piensan los bobos que están muy divertidos”...¿Y los que se ríen de imitación? Estos son los doctores por la universidad de ciencias fatuas. Los áulicos de Dionisio

eran todos cortos de vista, andaban provocando a la gente con ese fruncir los ojos y ese mirar despacio que irrita a los mal sufridos”.

Estos pocos acápites constituyen bellos ejemplos de la prédica de Montalvo sobre la honestidad de los mandatarios y los principios de ética y de buenas costumbres de las gentes.

Los últimos párrafos corresponden al espléndido ensayo titulado “De la risa” y que como no se incorporaron en algunos de sus libros, son poco conocidos, máximo que se publicaron en forma póstuma.